

UNO

SER DÉBIL ES UNA DESGRACIA

Los relámpagos desgarraban el cielo, trazando venas a través de las nubes y marcando el pulso del universo mismo. Suspiré feliz mientras la lluvia golpeaba contra los cristales del carruaje y los truenos bramaban tan fuerte que ni siquiera conseguimos oír el choque de las ruedas cuando el camino de tierra se convirtió en adoquinado, en las afueras de Ingolstadt.

Justine tembló a mi lado como un conejo recién nacido, mientras hundía el rostro en mi hombro. Otro rayo iluminó nuestro carruaje con una claridad blanca y refulgente antes de volvernos temporalmente sordas con un trueno tan potente que los cristales amenazaron con desprenderse.

—¿Cómo puedes reír? —preguntó Justine. No me había dado cuenta de que estaba riendo hasta ese momento.

Acaricié algunos mechones de cabello oscuro que se escapaban de su sombrero. Justine odiaba cualquier tipo de ruido: puertas que se cerraran con estrépito, tormentas, gritos. Especialmente, gritos. Aunque yo me había asegurado de que no tuviera que soportar ninguno durante los últimos dos años. Era extraño que nuestros orígenes separados (de una

crueledad similar, pero de duración diferente) hubieran tenido resultados tan opuestos. Justine era la persona más extrovertida, afectuosa y verdaderamente bondadosa que yo hubiera conocido.

Y yo era...

Bueno, no era como ella.

—¿Te conté alguna vez que Victor y yo solíamos trepar al tejado de la casa para observar las tormentas eléctricas?

Sacudió la cabeza sin levantarla.

—La forma en la que los rayos centelleaban contra las montañas y destacaban sus formas con nitidez, era como si estuviéramos mirando la creación misma del mundo. Y cuando caían contra el lago parecían estar en el cielo y en el agua a la vez. Terminábamos empapados. Es un milagro que ninguno de los dos haya muerto de frío —volví a reír al recordarlo. Mi tez, clara como mi cabello, cobraba un violento tinte rojizo por el frío. Victor, con los oscuros rizos aplastados contra su frente amarillenta, que intensificaban los círculos oscuros debajo de los ojos, parecía un muerto. ¡Vaya pareja!

»Una noche —continué, percibiendo que Justine se calmaba— un rayo alcanzó un árbol ni a diez cuerpos de distancia de donde nos encontrábamos sentados.

—¡Eso debió de ser espantoso!

—Fue increíble —sonreí. Apoyé la palma contra el frío cristal, la temperatura caló bajo mis guantes blancos de encaje—. Para mí era la manifestación del inmenso y terrible poder de la naturaleza. Fue como ver a Dios.

Justine chasqueó la lengua de modo desaprobatorio, apartándose de mi lado para dirigirme una mirada severa.

—No blasfemes.

Le saqué la lengua hasta que cedió y sonrió.

—¿Y Victor qué pensó?

—Oh, después de eso estuvo horriblemente deprimido durante meses. Creo que la expresión que usó fue que “languidecía en valles de desesperación incomprensibles”.

La sonrisa de Justine se volvió más ancha, aunque con un matiz de confusión. Su rostro era más fácil de leer que cualquiera de los textos de Victor. Sus libros siempre requerían mayores conocimientos y estudios más profundos, mientras que ella era un manuscrito iluminado: bella, apreciada y simple de comprender al instante.

Cerré las cortinas del carruaje a regañadientes, aislándonos de la tormenta para complacerla. Justine no había abandonado la casa del lago desde nuestra última y desastrosa visita a Ginebra, que terminó cuando su madre, demente y privada de razón, nos atacó. Este viaje a Bavaria era agotador para ella.

—Si bien yo vi la destrucción del árbol como una manifestación de belleza de la naturaleza, Victor vio un poder. Un poder para iluminar la noche y erradicar la oscuridad, un poder para tronchar una vida de cien años con un único golpe. Un poder al que no puede controlar, al que no puede acceder. Y nada le molesta más a Victor que aquello que no puede dominar.

—Quisiera haberlo conocido mejor antes de que se marchara a la universidad.

Le di una palmadita en la mano —sus guantes de cuero color café, un obsequio que me dio Victor— y luego le apreté los dedos. Aquellos guantes eran mucho más suaves y abrigados que los míos, pero Victor prefería que yo llevara prendas color blanco. Y a mí me encantaba darle bonitos obsequios a Justine. Ella vino a vivir con nosotros dos años atrás, cuando tenía diecisiete y yo quince, y solo estuvo allí un par de meses antes de que Victor se marchara. No lo conocía de verdad.

Nadie lo hacía, excepto yo. Me gustaba de esa manera, pero quería que se amaran entre ellos como yo los amaba a ambos.

—Pronto conocerás a Victor. Todos, Victor, tú y yo... —hice una pausa cuando mi lengua traidora intentó añadir a Henry. Eso no sucedería—. Nos reuniremos rebosantes de alegría, y luego mi corazón estará completo —mi tono de voz era risueño para disimular el temor que subyacía a todo aquel empeño.

No podía permitir que Justine se preocupara. Su buena disposición para venir como mi acompañante era el único motivo por el cual había conseguido emprender este viaje. El juez Frankenstein rechazó en un inicio mis ruegos para ver cómo estaba Victor. Creo que estaba aliviado de que se hubiera marchado, y no le importó cuando no recibimos noticias tuyas. Siempre decía que regresaría a casa cuando estuviera listo y que no debía preocuparme por ello.

Me preocupaba. Y mucho. Especialmente tras encontrar una lista de gastos encabezada por mi nombre. Estaba auditándome. Y pronto, no tenía dudas, determinaría que no valía la pena conservarme. Había realizado un trabajo demasiado bueno encaminando a Victor. Había salido al mundo, y yo resultaba obsoleta para su padre.

No permitiría que me echaran fuera. No tras mis años de labor abnegada. No tras todo lo que había hecho.

Afortunadamente, el juez Frankenstein había tenido que ausentarse en un misterioso viaje personal. No volví a pedir permiso, sino que me marché. Justine no lo sabía. Su presencia me daba la libertad que necesitaba aquí para moverme sin levantar sospechas ni provocar censuras. William y Ernest, los hermanos menores de Victor y de quienes Justine estaba a cargo, se encontrarían bien bajo el cuidado de la criada hasta nuestro regreso.

Otro trueno estremecedor resonó en nuestros pechos, de modo que lo sentimos en pleno corazón.

—Cuéntame la historia de cuando conociste a Victor —gimoteó, sujetándome la mano con tanta fuerza que me dolieron los huesos.



La mujer que no era mi madre me pellizcó y me jaló el cabello con maldad brutalmente eficaz.

Tenía puesto un vestido demasiado grande. Las mangas me colgaban sobre las muñecas, un estilo que no llevaban los niños. Pero el vestido cubría los magullones que tenía en todo el cuerpo. La semana anterior me habían pillado robando una porción extra de comida. Aunque a menudo sus puños furiosos me dejaban cubierta de sangre, esta vez mi cuidadora me pegó hasta que perdí el conocimiento. Pasé las siguientes tres noches ocultándome en los bosques del lago, comiendo bayas. Creí que me mataría cuando me encontrara; con frecuencia había amenazado con hacer justamente eso. En cambio, había descubierto otro empleo para mí.

—No arruines esto —siseó—. Habría sido mejor que murieras en el parto junto con tu madre que quedar aquí conmigo. Egoísta en la vida, egoísta en la muerte: ese es tu origen.

Levanté el mentón, dejé que terminara de cepillarme el cabello de modo que quedó brillando como oro bruñido.

—Haz que te quieran —exigió al tiempo que un suave golpe sonaba en la puerta de la casucha que compartía con mi cuidadora y sus cuatro hijos—. Si no te llevan con ellos, te ahogaré en el barril de lluvia como a la última camada de gatitos escuálidos.

Una mujer se hallaba afuera, rodeada de un halo deslumbrante de sol.

–Aquí está –dijo mi guardiana–. Elizabeth, el angelito en persona. De cuna noble. El destino se llevó a su madre, el orgullo confinó a su padre, y Austria le arrebató la fortuna. Pero nada pudo hacer mella en su belleza y bondad.

No podía darme vuelta, no fuera que le diera un pisotón o un puñetazo por su falso amor.

–¿Te gustaría conocer a mi hijo? –preguntó la mujer recién llegada. La voz le temblaba como si fuera ella quien sentía temor.

Asentí con solemnidad. Me tomó la mano y me llevó con ella. No volví la vista atrás.

–Mi hijo, Victor, solo es uno o dos años mayor que tú. Es un niño especial. Listo y curioso. Pero no puede hacer amigos con facilidad. Los otros niños son... –hizo una pausa, como buscando en un platillo de dulces el trozo justo para meterse en la boca–. Se sienten intimidados por él. Es solitario, retraído. Pero creo que una amiga como tú es justo la clase de influencia benévola que necesita. ¿Serías capaz de hacer eso, Elizabeth? ¿Serías capaz de ser la amiga especial de Victor?

Nuestro paseo nos había llevado a su residencia de vacaciones. Me detuve en seco, asombrada por lo que veía. El impulso de la dama me arrastró hacia delante y tropecé, pasmada.

Yo había tenido una vida anterior. Anterior a la casucha con niños feroces y malvados. Anterior a la mujer que me crio con puñetazos y magullones. Anterior a una vida acechada por el hambre, el temor y el frío, apiñada en las sucias tinieblas junto con cuerpos desconocidos.

Puse un dedo del pie con cuidado sobre el umbral de la residencia que los Frankenstein habían tomado para pasar la temporada en el lago Como. La seguí por esas hermosas habitaciones verdes y doradas, llenas de cristales y luz, dejando atrás el dolor al atravesar este mundo de ensueño.

Había vivido aquí antes. Y vivía aquí cada noche cuando cerraba los ojos.

Aunque había perdido mi hogar y a mi padre hacía más de dos años, y ningún niño recuerda con perfecta claridad, yo lo sabía. Esta había sido mi vida. Estas habitaciones, bendecidas con belleza y espacio –¡tanto espacio!– habían ocupado mi infancia. No era específicamente esta residencia, sino el sentimiento general que experimentaba en ella. Existe seguridad en la limpieza, consuelo en la belleza.

Madame Frankenstein me había sacado de la oscuridad y devuelto a la luz.

Me froté los brazos lastimados y amoratados, tan escuálidos como ramillas. La determinación llenó mi cuerpo de niña. Sería lo que fuera que su hijo necesitara si hacerlo me devolvía esta vida. El día estaba luminoso; la mano de la dama, más suave que cualquier cosa que hubiera sentido en años, y las habitaciones que teníamos por delante parecían llenas de la esperanza de un nuevo futuro.

Madame Frankenstein me condujo por los corredores hasta salir al jardín.

Victor estaba solo. Tenía las manos sujetas detrás de la espalda y, aunque no me llevaba mucho más de dos años, parecía casi un adulto. Sentí el mismo tímido recelo que si me hubiera acercado a uno.

–Victor –dijo su madre, nuevamente percibi temor y nerviosismo en su voz–. Victor, he traído a una amiga.

Se volteó. ¡Qué limpio estaba! Me sentí sobrecogida por la vergüenza de llevar un vestido demasiado zurcido y holgado. Aunque tenía el cabello limpio –mi cuidadora decía que era mi mejor atributo– sabía que los pies dentro de mis zapatillas estaban sucios. Mientras me miraba, sentí que él también debía saberlo.

Se probó una sonrisa como yo me probaba ropa de descarte, moviéndola hasta que casi encajó en su rostro.

–Hola –dijo.

–Hola –dije.

Ambos nos quedamos inmóviles mientras su madre nos miraba.

Tenía que agradecerle. Pero ¿qué podía ofrecerle a un muchacho que lo tenía todo?

—¿Quieres ir a buscar un nido de pájaro conmigo?—pregunté. Las palabras salieron atropelladas de mi boca. Yo era mejor hallándolos que cualquiera de los otros niños, Victor no parecía un muchacho que hubiera trepado un árbol alguna vez para avistar nidos. Fue lo único que se me ocurrió—. Es primavera, así que los pajaritos están a punto de nacer.

Frunció el entrecejo, uniendo las cejas oscuras. Y luego asintió y extendió la mano. Me adelanté para tomarla. Su madre suspiró aliviada.

—¡Diviértanse! Pero no se alejen de la residencia—nos pidió.

Conduje a Victor fuera del jardín y nos internamos en el bosque que rodeaba la propiedad, reverdecido por la primavera. El lago no se hallaba lejos. Podía olerlo, frío y lóbrego, en la brisa. Tomé un sendero serpenteante, vigilando las ramas que teníamos encima. Sentí que era vital encontrar el nido prometido. Como si fuera una prueba que, si pasaba, me permitiría permanecer en el mundo de Victor.

Y si fracasaba...

Pero entonces, como la esperanza envuelta en ramillas y lodo: ¡un nido! Lo señalé, radiante.

Victor frunció el ceño.

—Está muy arriba.

—¡Puedo traerlo!

Me miró.

—Eres una chica; no deberías trepar árboles.

Había estado escalando árboles desde que comencé a caminar, pero su declaración hizo que sintiera la misma vergüenza que sentía por mis pies sucios. Estaba haciéndolo todo mal.

–Quizá –dije, retorciendo el vestido en mis manos–, quizá pueda trepar este, y será el último. ¿Por ti?

Pensó en mi propuesta, y luego sonrió.

–Sí, está bien.

–¡Contaré los huevos y te diré cuántos hay! –me encontraba ascendiendo el tronco, deseando estar descalza, pero demasiado inhibida para quitarme el calzado.

–¡No, trae el nido aquí abajo!

Hice una pausa, a mitad camino de mi objetivo.

–Pero si movemos el nido, la madre quizá no consiga encontrarlo.

–Dijiste que me mostrarías un nido. ¿Acaso me mentiste? –parecía enfadado ante la idea de que lo hubiera engañado. Aquel primer día habría hecho lo que fuera por hacerlo sonreír.

–¡No! –dije. Mi aliento quedó atrapado en mi pecho. Alcancé la rama y avancé despacio sobre ella. Dentro del nido había cuatro huevos perfectos y diminutos de color azul pálido.

Con el mayor cuidado posible, lo desprendí de la rama. Se lo mostraría a Victor y luego lo devolvería a su lugar. Fue difícil volver a descender mientras mantenía el nido protegido e intacto, pero lo conseguí. Se lo presenté a Victor de modo triunfal, con una ancha sonrisa.

Escudriñó dentro.

–¿Cuándo nacerán?

–Pronto.

Extendió las manos y lo tomó. Luego encontró una piedra grande y plana y lo apoyó encima.

–Creo que son jilgueros –acaricié la suave superficie azul de los cascarones. Imaginé que eran trozos del firmamento y que si pudiera extender las manos lo suficientemente alto, el cielo estaría igual de tibio y suave.

–Quizás –dije, soltando una risita–, fue el cielo quien puso estos huevos. Y cuando se rompa el cascarón, un sol en miniatura irrumpirá y volará hacia arriba.

Victor me miró.

–Eso es absurdo. Eres muy rara –cerré la boca, sonriendo para que supiera que sus palabras no habían herido mis sentimientos. Me sonrió a su vez, vacilante–. Hay cuatro huevos y solo un sol. Quizás el resto sean nubes.

Sentí una oleada tibia de afecto hacia él. Levantó el primer huevo, sosteniéndolo a contraluz.

–Mira, puedes ver el pájaro.

Tenía razón. La cáscara era traslúcida y se veía la silueta de un polluelo enroscado. Solté una carcajada de felicidad.

–Es como ver el futuro –dije.

–Casi.

Si cualquiera de los dos hubiera podido ver el futuro, habríamos sabido que al día siguiente su madre le pagaría a mi cruel cuidadora y me sustraería para siempre, presentándose a Victor como su obsequio especial.



Justine suspiró, feliz.

–Me encanta esa historia.

Le fascinaba porque la relataba exclusivamente para ella. No era del todo cierta. Pero había muy pocas cosas que le contaba a la gente que lo fueran. Había dejado de sentir culpa hace mucho tiempo. Las palabras y las historias eran herramientas para suscitar las reacciones deseadas en los demás, y yo era una artífice experta.

Aquella historia en particular, era casi correcta. La embellecía un

poco, en especial al recordar la residencia, porque era un punto crítico sobre el cual había que mentir. Y siempre dejaba fuera el final. Ella no comprendería, y no me gustaba pensar en ello.

“Puedo sentir su corazón”, susurraba Victor en mi recuerdo.

Me asomé por el borde de la cortina en el momento en que la ciudad de Ingolstadt nos engullía, y sus oscuras casas de piedra se cerraban sobre nosotros como dientes. Me había arrebatado a mi Victor y lo había devorado. Yo había enviado a Henry para traerlo a casa, y ahora los había perdido a ambos.

Había venido para recuperar a Victor y no me iría hasta lograrlo.

No le había mentido a Justine acerca de mi motivación. La traición de Henry me había dolido como una herida abierta y reciente, pero podía superarlo. A lo que no podía sobrevivir era a perder a mi Victor. Lo necesitaba. Aquella pequeña que había hecho lo necesario para obtener su corazón aún haría lo que fuera para conservarlo.

Mostré los dientes a la ciudad, desafiándola a que intentara detenerme.